



Cambiar el tratamiento

A mí, por regla general, no me suele llamar gente muy importante, socialmente hablando. No llamo mucho la atención de los famosos. Por ejemplo, con el que fuera el más famoso de todos, nuestro rey hasta hace poco, Su Majestad **Juan Carlos I**, hubo un tiempo en el que el Día del Libro, que tiene lugar cada 23 de abril, éramos recibidos en Palacio los escritores, que formábamos una larga fila para saludar a Sus Majestades y también a alguna de las infantas, eso dependía de los días; el rey se solía mostrar afable y sonriente, pero con algunos escritores se manifestaba singularmente expresivo: les abrazaba, les gastaba bromas, y se reía con ellos. Conmigo, nunca. Mi impresión era que me saludaba por compromiso, y me temo que no sabía bien quién era y seguro que nunca había leído un libro mío. Así es la vida.

Insisto, a mí no me suele llamar gente importante, con una sola excepción: el Nuncio de Su Santidad en Paraguay. Nos encontrábamos hace ya unos cuantos años en mi casa, rodeados de bastantes hijos y nietos, cuando sonó el teléfono, que lo atendió una de mis hijas, que es muy guasona, y me dijo: “Papá, te llama el Nuncio de Su Santidad en Paraguay”. Pensé que sería una de sus bromas, pero era verdad. Me llamaba desde Asunción, capital de Paraguay, monseñor **José Laboa**, para felicitar me por un libro mío que acababa de leer, aunque me aclaró que no era el primero que leía, que todos le habían encantado, y que estaba en deuda conmigo por no haberme llamado antes. Me quedé sin palabras –algo muy grave en un escritor– para darle las gracias por semejante distinción. Añadió que estaba deseando conocerme y que aprovecharía uno de sus viajes a España para hacerlo, como así fue.

Comenzó una amistad tan grande entre nosotros que a Su Eminencia acabé llamándole Josechu. No sé si pudo influir en esa amistad el que ambos fuéramos donostiarras –bueno, él no tanto, era de Pasajes San Juan, que tampoco está mal–, el caso es que poco después le nombraron Nuncio de Su Santidad en Malta, lo que le daba más ocasiones de venir a España y, además, nos invitó a mi mujer y a mí a ir a su Palacio Episcopal en Malta. Fue una amistad deliciosa, había sido secretario de **Juan XXIII** durante su viaje a España, y tenía anécdotas muy interesantes que contar. La más intere-

sante, bajo mi punto de vista, era que tenía un gran cariño al Opus Dei, había comido en Roma en la sede central de la Obra, en diversas ocasiones, con san **Josemaría** y con don **Álvaro del Portillo**, y uno de los días, después de alabarme la figura de san **Josemaría**, me dijo con énfasis: “¡Pero el que era bueno, bueno, de verdad, era Álvaro!”. A mí, esa declaración tan terminante me tomó por sorpresa, ya que por el modo de expresarse, podía deducirse que san **Josemaría** no era tan bueno como don **Álvaro**, y así se lo hice ver, pero me aclaró: “**Josemaría** era punto y aparte: un santo, pero el que era bueno, bueno de verdad –insistió– era **Álvaro**”. Y así quedó la cosa.

*[(El Nuncio) me aclaró:
“Josemaría era punto y aparte: un
santo, pero el que era bueno, bueno de
verdad –insistió– era Álvaro”]*

Yo, dada mi avanzada edad, he tenido la suerte de conocer y de haber tenido algún trato, tanto con san **Josemaría** como con don **Álvaro**, y la verdad, no sé quien sería más bueno de los dos, porque ambos lo eran extremadamente, cada uno a su estilo, porque en el Opus Dei no hay dos miembros que sean iguales, y los dos están ya recibiendo el premio de su bondad, en la visión beatífica, por cierto, en compañía de mi amigo monseñor **Laboa**, que hace ya unos años que murió como un santo.

Cuento esta insignificante anécdota porque me encanta que monseñor **Laboa** apreciara la bondad de don **Álvaro**, cuando no era un hecho público y notorio, como lo será el próximo día 27, cuando dejará de ser don **Álvaro**, para convertirse en el Beato **Álvaro**, o simplemente **Álvaro**, y lo podamos tratar de tú, que es como se trata a los santos.